Boletín Sociocrático

Año XIII 3 de Marzo de 1943 N.º 58

LA INDUSTRIA DE GUERRA Y LA INDUSTRIA DE PAZ

Parece una paradoja el que la actividad destructora, propia de la guerra, haya sido siempre un estímulo para la actividad constructora, propia de la industria.

Desde la aplicación primitiva del fierro hasta la evolución contemporánea de la navegación submarina y aérea, el progreso industrial se ha ligado a la actividad militar.

Este enigma se resuelve si se considera que, hasta ahora, la industria de guerra es la única que produce una verdadera cooperación social de las inteligencias, para imaginar, y de las actividades, para ejecutar.

La industria de paz ha quedado sometida al individualismo, al espíritu de lucro de los empresarios y al interés de ganar la vida de los operarios.

Los empresarios, lejos de cooperar entre ellos, se hostilizan y, por su parte, los operarios consideran las máquinas de producción como contrarias a sus intereses.

En la industria de paz no existe pues la cooperación social. Su progreso se debe al concurso eventual que algunos inventores aportan a las empresas.

Esta situación contradictoria se explica si se examina la evolución histórica de la Industria. Ella nació en la sociedad doméstica con la invención del fuego, de la cerámica y de los tejidos primitivos. Conservó ese carácter familiar en las castas teocráticas y, mientras la cooperación social desarrollaba el sentimiento de Patria y se aplicaba en las conquistas militares, la Industria quedaba relegada al trabajo de los esclavos.

La cooperación social, desde fines del Imperio Romano y durante la Edad Media, aplicó, en los castillos, la actividad militar defensiva, que restringía las aspiraciones de conquista y limitaba las Patrias a territorios reducidos, en tanto que la asociación universal tendía a constituirse bajo forma espiritual, mediante la Iglesia, que ligaba a las Patrias por la opinión más que por la acción.

Cuando se descompuso el régimen medioeval, por la naturaleza teológica de la fe y por las aspiraciones de la autoridad espiritual al dominio temporal, la reyecía y la nobleza militares se rebelaron contra la Iglesia y, como la cooperación social no podía todavía efectuarse en forma industrial, renacieron los propósitos de conquistas militares y los programas políticos de imponer por la fuerza material las doctrinas que eran indemostrables para la razón.

Esos programas políticos han llevado a los reyes, como Carlos V, y a los aventureros, como Napoleón, a soñar con el imperio universal.

Mientras tanto, la Ciencia imponía pacíficamente sus doctrinas astronómicas, físicas, químicas y biológicas y, a su vez, la Industria manifestaba sus aspiraciones y sus aptitudes universales, perfeccionando el lenguaje escrito, explorando los mares, descubriendo nuevos continentes, instituyendo el correo y estableciendo la cooperación social en empresas de comercio, fabricación, minería y aun de agricultura.

Pero, esta evolución de la Industria se operaba bajo regímenes políticos y educativos contrarios al destino pacífico y altruísta del trabajo que, en el hecho, está siempre destinado al porvenir.

Se educaba para ganar la vida y se aplicaba la política de violencias militares en las luchas comerciales y en la opresión de los pueblos débiles y de las razas amarilla y negra, en favor de las codicias industriales.

No es, pues, de extrañar que los miserables egoismos que ha manifestado la actividad industrial hayan permitido considerar más noble la actividad militar, en la cual se sacrifica el interés individual y el de familia al interés de la Patria.

Pero si la Patria pudo organizar la cooperación social en la conquista y la defensa militares, ella es incapaz de organizar la actividad industrial, pacífica y altruísta, que está destinada a servir a la Humanidad entera en su presente y, sobre todo, en su porvenir.

Para dar a la Industria ese carácter pacífico y altruísta, es necesario destinar la política nacional a constituir la Patria para servir a la Humanidad y destinar la educación individual a formar representantes, intérpretes, ministros y agentes de la Humanidad.

No cabe la menor duda de que la situación contradictoria en que se encuentra la Industria ha de cambiar, en cuanto los pueblos, que han elevado ya sus sentimientos altruístas del orden doméstico al orden cívico, los extiendan hasta el orden universal de la Humanidad, que es incompatible con la guerra y sólo favorable a la Industria de paz.

Cuando eso suceda, podrá establecerse la cooperación total de las inteligencias y de las actividades humanas, en favor del progreso industrial en toda la Tierra, ya que los inventos se extienden a los pueblos, a pesar de los odios internacionales que aún perduran.

En cuanto se realice la verdadera cooperación activa de los operarios con los empresarios y la de éstos entre sí, el progreso industrial será asombroso, superior a todo lo que podemos ahora imaginar.

La existencia material de las familias proletarias estará asegurada por la organización social de los Ministros de la Humanidad, que administran el capital con el objeto especial de repartir, en forma equitativa, las provisiones de sustento y bienestar y con el propósito general de concentrar, en forma conveniente, los instrumentos de producción.

El obrero no estará ya preocupado de ganar su vida sino de aplicar su inteligencia y su actividad al servicio social en el trabajo práctico, como Agente de la Humanidad.

La preparación científica, general a todos los operarios, suministrada por los Intérpretes de la Humanidad, les permitirá desarrollar sus aptitudes técnicas en forma hasta ahora desconocida, y su concurso al progreso industrial, en la paz, será infinitamente superior al que actualmente se realiza en medio de los odios de la guerra y de las codicias de la explotación mercantil.

Los verdaderos proletarios no serán ya mercenarios y sentirán una profunda veneración y una intensa gratitud hacia el pasado de la Humanidad, que les suministra los medios de producción, en procedimientos y maquinarias, que aseguran la eficiencia del trabajo y dignifican al trabajador, convirtiéndolo en agente del pasado para servir al porvenir.

El problema industrial, en la paz, es esencialmente religioso por cuanto su solución depende, sobre todo, del cultivo de los sentimientos altruistas de Humanidad.

Ese cultivo corresponde exclusivamente a la Mujer que, si como Madre, Esposa, Hija y Hermana ha inspirado ya al hombre los sentimientos de Familia y de Patria, ha de inspirarle ahora el sentimiento de Humanidad, única fuente de paz.

Así, la Mujer no sólo será la representante de la Familia y de la Patria sino también la de la Humanidad. Esa será su verdadera y santa función social, que el hombre ha de permitirle cumplir, dándole sustento y bienestar.

Sobre los principios de amor social, cultivados por las Representantes de la Humanidad, podrán fundarse sus Intérpretes y sus Ministros para divulgar los conceptos científicos de su existencia y organizar su actividad industrial y política.

Mientras el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, no impere en los corazones, en los espíritus y en los caracteres de los hombres, no podrán obtenerse la paz en los pueblos, el bienestar en las familias ni la salud en la naturaleza humana.

LUIS LAGARRIGUE.
San Isidro 75.

—

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A. — Santiago de Chile